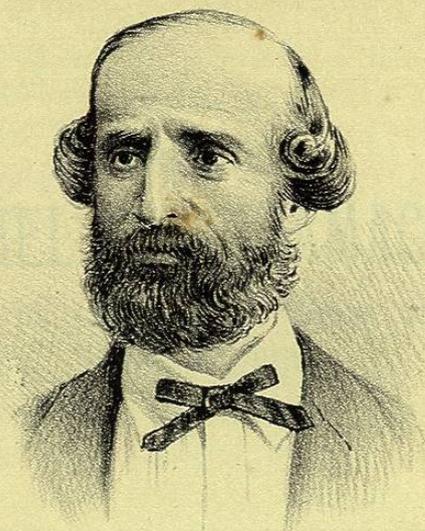


la Suprema Corte de Justicia de la Nación debe felicitarse de contar en su seno á un miembro tan distinguido y respetable.

Por eso no hemos vacilado en colocarlo en el lugar que le corresponde en esta galería biográfica.



SR. LIC. MANUEL MARIA ZAMACONA,  
MAGISTRADO DE LA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA  
DE LA NACIÓN.



MANUEL M. DE ZAMAGÓN  
MAGISTRADO DE LA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA  
DE LA NACIÓN

SR. LIC.

## MANUEL M. DE ZAMAGÓN

MAGISTRADO DE LA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA  
DE LA NACIÓN.

**S**I las revoluciones justas, que sirven á los pueblos de medio necesario para su progreso, y son siempre,—cuando las determina un móvil noble, un principio levantado,—instrumento providencial de algun desarrollo, más ó ménos trascendental, del influjo, de la libertad y del derecho en el curso de la historia humana, no tuviesen otro resultado que el de sacar á la actividad de las luchas sociales de otro orden, en que se debate igualmente la causa eternamente grande de la justicia de los pueblos oprimidos, un número cualquiera de individuos, de esos que con sus luces y sus talentos coadyuvan, aunque pacíficamente, no por eso de modo y suerte ménos eficaz, al avance de la humanidad en el afán constante de mejorar sus

destinos, que constituye el ideal del progreso indefinido, aun así resultaría dignamente apreciable el éxito y finalidad de aquellos acontecimientos que, á veces, parece que estorban, de un modo absoluto, el desenvolvimiento social y como que interrumpen la labor magna de que se forma la historia de los hombres que viven en colectividad, en los diversos aspectos de la existencia asociada y en las distintas manifestaciones de la evolución constantemente progresiva de la actividad universal.

Por eso se ha visto en todas partes que, al compás de los sucesos que de momento trastornaban la paz de los pueblos y destruían su quietud y tranquilidad, han aparecido en el escenario de la vida pública, coadyuvando arduosamente al triunfo de la causa en los campos de batalla, por las legiones belicosas sustentada y defendida, generaciones enteras de paladines de otras armas, que del propio modo han sustentado y defendido los principios de la causa común, pugnando en el sólido campo de la opinión pública por implantar en él triunfantemente aquellos y por llevar á la conciencia popular, con el influjo supremo de la convicción racional, el imperio de la justicia y razón de ser de los intereses nuevamente mantenidos y por hacer sentir, en el giro ulterior de la marcha social, la lógica victoria de esos principios y la legítima influencia de esa justicia y de esa razón en las instituciones que compartan satisfacción de necesidades puramente colectivas y generales.

Pocos pueblos han dado, como México, prueba

cumplida y gallarda de fenómeno tan interesante. Todo lo que aquí vale hoy, con superior importancia, es hijo directo de una de las más grandes y trascendentales revoluciones que han tenido los jóvenes pueblos hispano-americanos, en sus gestiones por trasformarse noblemente. Todo lo que figura supremamente en todos los órdenes de la vida pública en la República Mexicana, actualmente, viene de la época fausta y memorable de la Reforma. Porque parece como que, en periodos tales, las ideas nuevas, al sentir las conmociones á que ellas mismas dan margen, apodéranse de los espíritus nuevos y los dominan con superior empeño, impeliéndolos á que las sirvan, llegando á hacer que sean luego los principales instrumentos de su propaganda y su triunfo. Hay, fuera del mundo puramente material, otra revolución positiva en la esfera de las conciencias, donde son los hombres de las nuevas generaciones la conquista de los nuevos principios sociales y el medio de que se valen para imponerse en los momentos de la transición y llegar á dominar tanto en los espíritus como en las instituciones conjuntamente. Y aquí se demuestra cómo es positivamente cierto aquello, de que las ideas gobiernan el mundo moral.

Pertenece á la pléyade insigne de los más esclarecidos patricios cuyo nombre público debemos al notable período de la Reforma, el ilustre y modesto estadista con cuya biografía honramos ahora nuestra humilde obra.

Hijo del pueblo, producto de la metamorfosis que va convirtiendo á México en un país completa-

mente nuevo, adecuado para las instituciones que rigen, bajo el influjo de la cultura moderna, las sociedades eminentemente democráticas del Nuevo Mundo, representante dignísimo y conspicuo de la ilustre generación reformadora, es su historia una de las más interesantes de los tiempos actuales y su nombre uno de los más preclaros.

En todos aquellos ramos de la actividad intelectual, que pueden considerarse como los más eminentes dentro del desenvolvimiento de la administración de los pueblos, tomada esta frase en su concepto más elevado, allí ha figurado el Sr. Zamacona, y siempre con brillo, con honor, con distinción suprema y defendiendo la causa de las libertades contemporáneas; sustentando el imperio de los principios que sirven de base y cimiento á todo el edificio de nuestra moderna Constitución política y social; manteniendo continuamente con vigor y valerosa conciencia, con noble y honrada convicción, las ideas, que son el *alma mater* de toda nuestra vida actual, como pueblo, como nación, como república y como democracia.

Natural de la heroica é histórica ciudad de Puebla, paladin de nuestra segunda Independencia y baluarte de la República presente, toda su existencia parece reflejar el ardoroso y levantado espíritu, esencialmente liberal, que seguirá ya para siempre unido á la historia de aquella noble ciudad, en que el supremo esfuerzo de la patria pareció á su vez reconcentrarse un día para pugnar por su vejada libertad, y luego recabar con ésta el derecho también supremo

de su autonomía republicana y de su independencia democrática y nacional.

Como estudiante, siempre conquistó las notas más altas, haciéndose desde tan temprano una carrera distinguida y anunciando desde entónces un nombre prometedor de mayor distinción todavía.

Después de haber seguido, con singular aprovechamiento, la carrera de jurisprudencia, entró en la administración pública y desempeño, con todo merecimiento, puestos de grande importancia en la gobernación de su Estado.

Pero llevado de una grande inclinación por la política, eminentemente progresista, profundamente liberal, hubo de entrar á mayores trabajos, atraído por el incentivo de luchas más grandes, más levantadas, más adecuadas á su temperamento y aspiraciones; y así fué como comenzó á adquirir renombre de más vasto alcance, en la Capital de la República, distinguiéndose primero como periodista concienzudo é ilustradísimo, en la redacción de *El Siglo XIX* y luego en los escaños de los Cuerpos Legislativos Nacionales, como orador inteligente y hábil, lo mismo en el Senado que en la Cámara de Representantes de la Federación.

En el primer concepto está su nombre ligado con la historia de nuestra prensa, así política como literaria, desde hace muchos años. Literato muy notable, su buen estilo y castizo lenguaje le han conquistado un puesto prominente entre los mejores de nuestros hombres de letras.

Y en el segundo, su elocuencia severa y levan-

tada, servida por una instrucción vastísima y por un corazón decididamente patriótico y amante fervoroso de la libertad y la justicia, le dieron siempre en la oposición lugar principalísimo, siendo notorio que su palabra ardiente y fogosa ha hecho peligrar la vida de más de un Gobierno en nuestras luchas parlamentarias.

No ha sido siempre plácida y tranquila su laboriosa y patriótica existencia, pues sus ideas políticas y el vehemente ardimiento con que las ha servido constantemente le han proporcionado no pocos sinsabores, patrimonio común de los hombres de su condición y de su temple. Por ellas háse visto, en distintas ocasiones, preso y desterrado, siempre perseguido por el espíritu reaccionario que, bajo distintas formas, ha intentado, aunque en vano, dominar el país y oponerse al lógico desenvolvimiento de nuestras libertades y derechos.

Natural era que hombre como el Sr. Zamacona, tan afecto á la política y tan identificado con las ideas y las instituciones liberales, figurase entre nosotros en puestos más prominentes aún en nuestra administración pública, y así fué que, durante el Gobierno del egregio Presidente D. Benito Juárez, tuvo á su cargo la cartera de Relaciones Exteriores, en tiempos de los más difíciles por que ha atravesado la Nación y en que tanto hubo de peligrar la existencia de la República. Fué largamente laborioso el paso del señor Zamacona por ese Ministerio; pero puso á prueba sus talentos y de esa prueba salió nuestro biografiado gallardamente, conquistando mayores derechos

al agradecimiento y estimación de todos sus conciudadanos.

Más adelante llegó á figurar en la carrera diplomática, y en ella ha ocupado puestos elevados, dejando á su paso por ellos una memoria distinguida de sus servicios meritorios y positivos.

En este concepto, debemos decir que ha sido miembro de la Comisión Mixta de Relaciones entre la República Mexicana y los Estados Unidos, y luego Ministro Plenipotenciario de su país en esta última República, en cuyos dos puestos, como hemos dicho, hizo notar como hábil é inteligente diplomático y estadista nada vulgar. Muy recientes están sus trabajos en ella para que puedan ser olvidados por nadie que conozca nuestra historia contemporánea y esté algún tanto relacionado con el desarrollo de nuestras cosas públicas.

Continúa figurando el Sr. Zamacona, como era natural que sucediese, en el gran partido liberal mexicano, donde sigue, como siempre, prestando sus valiosos servicios á la causa de nuestras actuales instituciones y á la obra insigne de la consolidación de éstas en todas las esferas.

Ahora viene sirviendo á ellas en el Poder Judicial, ocupando, muy merecidamente por cierto, el puesto de Magistrado en la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Allí, como en las demás faenas á que ha consagrado su talento é instrucción esclarecidos y su actividad incansable, distínguese el Sr. Zamacona por su celo, altamente notable, en el fiel cumplimiento

de sus deberes. Que no en vano une á sus altas dotes intelectuales un gran valer moral, de insuperable estima.

Ciudadano puro y honrado, por encima de todas sus apreciabilísimas cualidades como hombre público, destácase quizá una conducta privada intachable. Y sobre todas esas condiciones, que le enaltecen tanto en el concepto público, resalta una modestia que le caracteriza más aún que ninguna de sus otras virtudes, con ser tantas y tan positivamente firmes.

Esperamos que aún preste á la patria más insignes servicios hombre tan digno, y alimentamos la grata creencia de que no sean jamás en vano cuantos esfuerzos haga ciudadano tan conspicuo por el enaltecimiento progresivo de nuestras instituciones republicanas y por cuanto tienda al lustre y prestigio de la noble tierra mexicana.



SR. LIC. EDUARDO RUIZ,  
PROCURADOR GENERAL DE LA NACIÓN.